

El lector de António Lobo Antunes

Antonio Sáez Delgado

I

ANTÓNIO Lobo Antunes ha repetido en numerosas ocasiones a lo largo de los años que «nadie escribe como yo», en entrevistas y declaraciones públicas que solían ser interpretadas por los diferentes sectores del medio literario portugués (críticos, académicos, periodistas culturales, otros escritores... aquello que el autor llegó a definir como un «pequeño burdel») como una provocación o una más de sus supuestas demostraciones de vanidad. Pero ha pasado el tiempo, este año se cumplen 35 años desde que publicara su primera novela (*Memoria de elefante*, 1979), y el peso de los años hace que ese mismo medio literario, tantas veces condicionado por la «figura» de António Lobo Antunes, en detrimento de su obra, se haya rendido a la evidencia: nadie escribe como António Lobo Antunes.

El escritor ha conseguido aquello de lo que pocos nombres de la historia de la literatura universal pueden presumir: un estilo absolutamente propio e inconfundible, una forma de escribir, también de narrar, nueva y diferente con respecto a toda la tradición literaria portuguesa y a toda la tradición literaria occidental. Existe, es verdad, un estilo Lobo Antunes, y para confirmarlo no hay más que leer a las nuevas generaciones de novelistas portugueses, en los que la huella del autor de *Esplendor de Portugal* es nítida y profunda.

Aun así, en Lobo Antunes se han dado la espalda, durante años, el reconocimiento del público y el de la crítica de su país, que tuvo serias dificultades para conseguir deslindar los límites del personaje

(quiero decir del autor) António Lobo Antunes y de su obra. La potencia de su presencia pública, por mucho que se empeñase en no frecuentar los círculos sociales, y la voracidad de sus opiniones sobre la literatura portuguesa y sobre su propio país hicieron tambalear los cimientos del medio literario y, en cierta medida, de la sociedad culta lusa, no demasiado acostumbrada a determinados arrebatos de sinceridad. Así, que proclamase con plena libertad y consciencia que desde Camões no había otro autor relevante en la literatura portuguesa hasta llegar a él mismo, o que dejaría Portugal para empezar a publicar en el extranjero, fueron motivos más que suficientes para que su perfil público fuese considerado áspero, incómodo y brutal entre los de su profesión. Tan áspero, incómodo y brutal como resulta tantas veces la verdad pronunciada en voz alta, por mucho que esta verdad sea, o pueda ser, solo una verdad (probablemente como todas) individual y personal, y no más que eso. Lobo Antunes se convirtió, es justo decirlo, en un nombre incómodo.

Esta realidad provocó que su obra permaneciese para la crítica portuguesa durante bastante tiempo a la sombra de la figura de su autor, no diré oscurecida por ella, pero sí mediatizada por esa imagen pública que transmitía. Un autor, por otro lado, regido (como nos demuestran sus entrevistas, reunidas hasta 2007 por Ana Paula Arnaut en el volumen *Entrevistas con António Lobo Antunes 1979-2007. Confissões do Trapeiro*) por una necesidad imperiosa de marcar el terreno, su terreno, en medio de un sistema tantas veces hostil, como señal inequívoca de una juventud e ingenuidad no perdidas, asombrosamente, con el paso de los años. Esta especie de inocente «virtud infantil» aparece en sus conversaciones y manifestaciones públicas (véase, a este respecto, de forma muy especial, el libro de María Luisa Blanco *Conversaciones con António Lobo Antunes*) hasta hacer de él mismo una personalidad tiernamente fascinante, que arrastra al lector a los laberintos que plantea su obra con el paso titubeante de un territorio lleno de inseguridades.

Tal vez no sea del todo injusto decir que el reconocimiento crítico de su obra en Portugal ha venido marcado por el rápido y extraordinario éxito que su obra adquirió en el extranjero, como tampoco será del todo injusto reconocer que de esta circunstancia no participó activamente España, donde existió durante demasiado tiempo una especie de extraña resistencia a su obra. Sin embargo, desde hace dos décadas, la crítica y el mundo académico portugués han sabido conceder al escritor el lugar que sin duda merece en el contexto de la literatura portuguesa, gracias a excelentes monografías como *Os Romances de António Lobo Antunes*, de Maria Alzira Seixo (2002, con una suerte de segunda parte en 2010) y a obras

colosales como el *Diccionario da Obra de António Lobo Antunes* (2008), en dos volúmenes, coordinado por la misma especialista.

Estas obras, como otras en su estela, han conseguido equilibrar el papel que el escritor representa en el teatro de la literatura portuguesa, logrando vencer los obstáculos ya señalados por el, llamémosle así, carácter de António Lobo Antunes, hecho que se ha visto definitivamente favorecido por la dulcificación que su figura pública ha experimentado en los últimos años, tras la experiencia vital de enfrentarse, hace poco más de media docena de años, a un cáncer que, en cierto modo, le hizo volver a nacer y empezar a relacionarse con la vida y sus semejantes (pese a considerarse, cada vez más, un «bicho raro» desde el punto de vista social, y a manifestar un extraordinario pudor en relación con su vida personal) de una forma menos radical y, tal vez, al mismo tiempo, menos utópica.

II

He escrito la palabra cáncer, una palabra importante en la obra de António Lobo Antunes. La enfermedad, tras esta u otra máscara, es una de las constantes de sus libros, probablemente como una metáfora del paso del tiempo y de la conciencia de la memoria («el pasado nunca acaba», ha escrito). La suya es una obra de una altísima carga simbólica en la que, aunque es difícil encontrar tramas narrativas, no lo es definir los temas fundamentales que definen su esencia: el tiempo y la memoria, la esquizofrenia de la guerra de África, la libertad individual y social, el significado de la palabra Portugal, la conciencia de los olvidados, el amor y el desamor y las dificultades para establecer relaciones, la propia reflexión sobre la escritura. Una lista, por supuesto, nunca cerrada y abierta a que cada lector añada aquel que es, en su opinión, el tema dominante en los más de treinta libros de António Lobo Antunes, pues cada uno de ellos narra una historia y todos ellos, en conjunto, componen un *continuum* que dibuja el universo narrativo de su autor y el mapa lírico de su alma, en un permanente ejercicio en el que el componente autobiográfico alcanza un lugar predominante.

De ahí que él mismo haya acabado aceptando que la totalidad de su obra está marcada por la existencia de diferentes fases de escritura: un primer ciclo, definido por la trilogía constituida por *Memoria de elefante*, *En el culo del mundo* y *Conocimiento del infierno*, de claro componente autobiográfico y que el autor define como «de aprendizaje»; un segundo, dominado por lo que Lobo Antunes califica como «epopeyas», con claro papel protagonista para Portugal como

personaje, con *La explicación de los pájaros*, *Fado alejandrino*, *Auto de los condenados* y *Las naves*; un tercero, conocido como «trilogía de Benfca», compuesto por *Tratado de las pasiones del alma*, *El orden natural de las cosas* y *La muerte de Carlos Gardel*; a estos libros siguieron los fundamentales *Manual de los inquisidores*, *Esplendor de Portugal* o *Exhortación a los cocodrilos*, que dan pie a su obra de madurez, que se prolonga, en España, hasta *Sobre los ríos que van* y *Comisión de las lágrimas*, el libro que aparecerá en nuestro país en los próximos meses.

Es difícil resumir el argumento de los libros de António Lobo Antunes. Él mismo ha asegurado en varias ocasiones que, si fuese fácil, no habría necesitado escribirlos. Su obra no responde a un marco genérico rígido, a pesar de vestirse comercialmente como novelas, y su estilo denso, oscuro y extraordinariamente exigente con el lector hace que su obra sea *rara avis* entre las de los escritores de nuestro tiempo y de todos los tiempos. Entre los primeros, los autores que han escrito la historia de la literatura del último siglo, Lobo Antunes ocupa un lugar definitivo. Es, en mi opinión, y por decirlo de la forma más sencilla posible, uno de los grandes.

III

Es imposible hablar de António Lobo Antunes sin hablar de poesía. No solo porque el propio autor ha dicho siempre que fue lo primero que escribió y es su vocación frustrada, sino porque, en ese camino sin retorno que enfrentan sus novelas en el laberinto de los géneros literarios, la poesía ocupa un lugar fundamental. El estilo de Lobo Antunes participa de las características del lenguaje poético, empleando la elipsis, la imagen y la intensidad lírica y simbólica con una potencia que hace que muchos de sus lectores se adentren en sus obras con la pasión de quien lo hace en un extenso poema de varias centenas de páginas, que encierra al lector en su mundo y lo arrastra sin remedio a través del torrente de su lenguaje.

No en vano, la obra de Lobo Antunes refleja como ninguna otra cómo se diluyen las fronteras entre lo narrativo y lo lírico, construyendo un territorio simbólico que lucha por desvelar el secreto del silencio, el mejor destino posible para la utopía de la escritura perfecta, que tanto añora el autor. Por eso, probablemente, sus frecuentes reflexiones sobre el propio fin de la escritura, sobre las dudas que acechan a la voz (¿las voces?) que relata las historias de sus libros, sobre el fin y la veracidad de esas mismas historias, tantas veces en un segundo plano ante la exuberancia de la prosa. Porque, en efecto, demasiadas veces es fácil caer en la tentación, no exenta

de razón, de pensar que en los libros de António Lobo Antunes la historia, el hilo narrativo, es secundario y casi no importa, pues lo verdaderamente nuevo, la cualidad que hace de él un auténtico renovador del género (y, cuando digo del género, no quiero decir solo de la novela, sino de «la literatura»), es el uso que hace de la lengua, la tensión a la que somete la gramática y las normas propias de la novelística de corte tradicional, para ahondar en el territorio entre el sueño y la vigilia, entre lo real y lo onírico, a veces entre el delirio y la lucidez, en que habitan sus personajes, la voz o las voces que, a veces a saltos, atropellándose, quitándose incluso la palabra, construyen sus obras. Unas obras en las que pasado, presente y futuro conviven en un mismo tiempo circular, favoreciendo un diálogo de una intimidad tan extraordinaria como, a veces, asfixiante entre la voz que consideramos del narrador y esa otra voz o voces de los personajes que se funden y confunden con aquel.

La polifonía es aquí la estrategia de un poeta, no la de un novelista curtido en lecturas. Es la de un poeta que confunde también esas voces porque todas forman parte de la suya, y formula con ellas desdoblamientos posibles de aquellos (o de aquello) que no tienen voz, y que solo la alcanzan a través del ejercicio íntimo e intenso de una escritura que necesita lectores fuertes, tan exigentes como lo son las obras de Lobo Antunes, pero que acaban sintiendo, si entran libres de prejuicios en la sinfonía propuesta, cómo la voz que habla, que susurra o grita, es siempre una tenaza que se aferra a nuestras vísceras, a nuestras tripas de lector.

IV

«Escribir con talento es escribir con concisión». La frase es de nuestro autor y refleja a la perfección la voluntad visible a lo largo de su obra por caminar hacia la esencialidad del discurso, hacia lo sustantivo en detrimento de lo adjetivo. Son bastantes las ocasiones en que António Lobo Antunes ha manifestado su deseo de no dejarse seducir por el fuego de artificio de las imágenes, las piruetas verbales y las metáforas fáciles y brillantes que deslumbran al lector, precisamente porque su literatura aspira a otra posición, aquella en la que la efectividad del lenguaje obliga a una exigencia de sobriedad formal al alcance de muy pocos, gracias a la tensión gramatical que propone al evitar no solo los adjetivos, sino todos aquellos elementos no estrictamente necesarios desde el punto de vista semántico. A través a este procedimiento, un detalle físico cualquiera de un personaje (una nariz, unos ojos, o cualquier pieza de su ves-

tuario) acaba por cobrar vida (como lo hacen también animales y, sobre todo, objetos cotidianos, como las fotografías enmarcadas) y sobreponerse al propio sujeto al que pertenece, invadiendo su campo conceptual para transformarse en los verdaderos protagonistas de lo que podríamos denominar «atmósfera Lobo Antunes».

Esa sobriedad expresiva, que mezcla discursos del lenguaje oral y escrito, culto y popular, se articula a la perfección, y de forma casi inaudita, con estructuras narrativas extraordinariamente complejas y superpuestas, difíciles para el lector, y que ponen de manifiesto su orientación, podríamos decir, neobarroca («barroquismo austero», ha dicho en alguna ocasión el escritor). No en vano, António Lobo Antunes siempre ha declarado como su autor favorito a Quevedo, en el que encuentra esa concisión anhelada a la que él une el cierto gongorismo de su arquitectura narrativa. Esa singular mezcla, en la que se explicita una tensión lingüística que, en medio de una estructura narrativa de gran complejidad, llega a desarticular las propias palabras, partiéndolas para interpolar otro discurso complementario, es el *ex libris* de António Lobo Antunes, probablemente su verdadera aportación al arte de la novela.

Todo ese universo: la variedad y riqueza de su formación literaria, plena de referentes extranjeros y de *boutades* contra los escritores de su propio país, y su extraordinario reconocimiento internacional, trufados con el papel protagonista que Portugal y su realidad (con la guerra de África y la sociedad tras la Revolución de los claveles en lugares destacados) adquieren en la totalidad de su obra, han hecho que Lobo Antunes viva en una permanente relación de amor/odio con su patria y con su historia, de la que siempre (y aquí radica su grandeza en términos humanos, no siempre reconocida) salen inmunes sus gentes, por mucho que la ironía (teñida a veces de cierta crueldad) ponga de manifiesto una cara también humana y sensible de esa misma realidad y de esa misma relación tormentosa con Portugal, su pasado y su destino.

V

Es difícil, por otro lado, y hay que reconocerlo, leer a António Lobo Antunes sin tener necesariamente presentes sus rasgos biográficos: médico psiquiatra, especialista en psicoterapia (algunas de cuyas técnicas ha reconocido, en algún momento, aplicar en sus libros), marcado por su experiencia en la guerra de Angola (en lugar destacado) y por sus relaciones con los más cercanos.

Esa biografía seduce al lector, podríamos pensar, casi tanto como sus libros, y desde 1998, fecha de publicación en Portugal de su *Primer libro de crónicas*, se ve de alguna forma actualizada y complementada con sus frecuentes apariciones en la prensa portuguesa bajo la forma de crónicas. Estos textos han elaborado, a lo largo de una década y media de camino, un trayecto paralelo al de su obra narrativa que, si bien al principio fue emprendido únicamente por interés económico y desdeñado como material literario, ha acabado por reconciliarse con su propio autor, que ahora se refiere a ellas como una especie de «diario paralelo» a las novelas, que acerca (como sucedió en el tiempo en el que aparecían en la última página del suplemento *Babelia*) al lector a su universo creativo, con descubrimientos notables.

Esas crónicas, de gran éxito entre los lectores, sirven para abordar temas o personajes que forman parte de la actualidad de Lobo Antunes, si es que esta expresión puede ser aceptada, pues no siempre coincide con la actualidad de los hechos sociales o colectivos. Se transforman, así, en una especie de complemento, de radiografía silenciosa o de cuaderno de notas marginales que acompañan a la escritura de las novelas, proporcionando al lector la posibilidad de no sentirse nunca distante de la obra, en permanente construcción, del autor.

VI

Una de las imágenes más potentes que ha citado Lobo Antunes a la hora de definir su trabajo como escritor es aquella que nos presenta lo que él define como un «pozo interior», en el que el autor mete la mano y rebusca, entre la oscuridad y la humedad, hasta encontrar el libro, la voz que construye el libro. A partir de ese instante, el autor explica que la mano escribe sola y es ella la autora de los libros, y no él mismo, en un proceso que culminaría, en un sentido radical y estricto, con la publicación de sus títulos de forma anónima, como ya ha sugerido en alguna ocasión.

El ensayista Eduardo Lourenço, con su sabiduría habitual, ha escrito que esa peculiaridad de António Lobo Antunes, que llega a afirmar que hay un ángel que le dicta las novelas, le hace recordar los versos de Fernando Pessoa: «Emisario de un rey desconocido, / Cumpro informes instrucciones del más allá». Ese papel de médium define a la perfección la magia y la sutileza desgarradora de la prosa de Lobo Antunes, que persigue la creación de lo que él mismo define como un «libro ideal», que sería «aquel en el que

todas las páginas fuesen espejos: me reflejan a mí y al lector, hasta que ninguno de los dos sabemos cuál de los dos somos». El fin de «meter toda la vida dentro de los libros», de «agarrar al lector por las tripas», como llega a asegurar, conduce al autor a preferir una literatura hecha de sangre, carne y semen a una literatura dominada por una concepción intelectual, hecho que ha propiciado sus numerosas críticas, por ejemplo, a escritores como Fernando Pessoa, que no forman parte de su tradición literaria asumida. Frente a él, Lobo Antunes ha reivindicado en ocasiones el poder sensorial de Lorca y, en definitiva, de todos aquellos poetas (cabe recordar que, para él, la tradición literaria portuguesa es fundamentalmente de poetas) que consiguen emocionar con una sola imagen.

VII

El lector de la obra de António Lobo Antunes es tan importante como el propio António Lobo Antunes. António Lobo Antunes, su obra, no podría existir sin los lectores fuertes de António Lobo Antunes, sin ese lector que debe, como admite el propio autor, «tener una voz entre las voces de la novela». El libro es, así, plenamente independiente de su creador, con frecuencia «mejor que él», en palabras del propio autor, y solamente necesita tres cualidades para ser escrito: «paciencia, soledad, orgullo».

De ahí que Lobo Antunes haya señalado en más de una ocasión que tiene que enseñar a sus lectores a leer sus libros, con la conciencia de que, una vez dentro de su universo creativo, todo se simplifica. Y culmina: «un libro bueno es aquel que tengo la impresión de que ha sido escrito para mí y de que todos los demás ejemplares dicen cosas diferentes», para concluir: «un libro bueno es un libro que existe y que es escrito por el lector».

Probablemente por ello Mario Merlino, que tradujo la obra de António Lobo Antunes hasta su fallecimiento en 2009, sabedor de que el traductor es el lector más fuerte de un texto, tal vez su mejor lector, escribió en el año 2000, en esta misma revista, que «estudiando las vísceras de António Lobo Antunes, aprendí a revisar las mías». La literatura del autor portugués es de vísceras, en efecto, está llena de carne y tripas y enfermedades y anhelos, como pocas en la historia de la literatura. Como lector privilegiado de esa obra, como uno de los lectores fuertes que colaboramos con el autor en la construcción de la misma, me siento afortunado por compartir el mismo tiempo histórico (tiempo de vida) que el autor de libros como *Comisión de las lágrimas*, en el que el autor regresa al terror

de Angola y a las miserias de los hombres que participaron en aquella guerra, que es todas las guerras. António Lobo Antunes es un lírico y nadie escribe novelas como él, aunque sabe, como B. Cendrars, que todos los libros del mundo no valen una noche de amor. En esa tensión omnipresente derrama el caudal de su literatura, por el que es terriblemente tentador dejarse arrastrar. Si, como él mismo afirma, «un libro es un suicidio», también el lector siente esa pulsión, y podrá así habitar los marcos de retratos que pueblan sus novelas como testigo de un tiempo que no pasa. Tal vez, entonces, en ese exacto momento, la escritura de António Lobo Antunes alcance su objetivo definitivo.